

Biblioteca  
Nacional

NÚMERO 139 — TOMO VIII

25 DE MAYO DE 1926

# Reproducción

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

SAN JOSE DE COSTA RICA

Apartado 230

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

20529

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Cubros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ó Recibos

Calonarios

Cubros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

No. 139 \* 25 de Mayo de 1926 \* Tomo VIII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

## En el Imperio de Cervantes

El señor Presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge, ha perdido en pocos días la sobriedad de lenguaje que le valió tantos elogios antes de llegar a su actual posición. En un discurso reciente, cita a Morazán junto a Washington, Jefferson, Adams, Franklin, Bolívar y otros «grandes caudillos del pensamiento en los países americanos». Más recientemente todavía, el 8 de abril, nombra al argentino Sarmiento en primer lugar entre los HOMBRES DE LETRAS de la América Latina. Recuerda que fué contemporáneo de Washington Irving, Fenimore Cooper, Poe, Longfellow, Emerson, Oliver Wendell Holmes, etc., y hace propias estas palabras de un angloamericano:

«Con excepción de Emerson, es du-

doso que ninguno de esos paladines de nuestra edad de oro literaria fuera superior a Sarmiento».

Semejantes juicios no merecen el menor comentario.

Sí me ha sorprendido oír a un distinguido representante de España hablar, en el *Diario de Costa Rica*, de «la lengua de Myo Cid, Don Quijote, Bolívar y Sarmiento».

¡Digan Uds! El indómito hijo de la Pampa, que fué... cuanto se quiera, menos hombre de letras, pues no admitió educación literaria y se mantuvo encarnizado enemigo de las humanidades, resulta a estas horas codeándose con Cervantes.

Por respeto a la justicia, lean los jóvenes las siguientes textuales palabras estampadas por Sarmiento en el *Mercurio*, en 1842, contra don Andrés Bello:

«Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre noso-

tros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla, que en todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarse en su propia cancha; allá está su puesto; acá es un anacronismo perjudicial».

Y lean, por último, siquiera unos fragmentos de la solemne indirecta respuesta que dió en Chile, al año siguiente, el autor de la *Gramática Castellana*, de los *Principios de Derecho de gentes*, del *Proyecto de Código Civil*, del *Compendio de Cosmografía*, del *Canto a la Zona Tórrida*, de la *Oración por todos*, en castellano, etc.

«Lo sabéis, señores: todas las verda-

des se tocan: desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélagó del espacio; desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia; desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; hasta las que sientan las bases incommovibles de la moral; hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales; hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantamientos en todas líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan. Y cuando digo *los adelantamientos en todas líneas*, comprendo sin duda los más importantes a la dicha del género humano, los adelantamientos en el orden moral y político.

Todas las facultades humanas forman un sistema en que no puede haber

regularidad y armonía, sin el concurso de cada una. No se puede paralizar fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen.

Las ciencias y las letras, fuéramos de este valor social, fuéramos de esta importancia que podemos llamar instrumental, fuéramos del barniz de amenidad y elegancia que dan a las sociedades humanas, y que debemos contar también entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama, placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos; goces puros, en que el alma no se dice a sí misma:

... Medio de fonte leporum

Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angit; <sup>1</sup>

De en medio de la fuente del deleite  
Un no sé qué de amargo se levanta,  
Que entre el halago de las flores punza.

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigiliass que se les consagran. No ha-

---

(1) Lucrecio.

blo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas, no hablo de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres, más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escocés, <sup>(2)</sup> sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregariamos en daño nuestro y de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremecer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla y sentirla. El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigili-  
as.

---

(2) Tomás Brown.



Para él solo, se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza; para él solo, se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las más sublimes especulaciones que nos ha dejado la antigüedad gentílica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigación importante. Chenier, aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos

versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

«Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire  
Anime la fin d'un beau jour,  
Aud pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre».

Cual rayo postrero,  
cual aura que anima  
el último instante  
de un herinoso día,  
al pie del cadalso  
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices a el alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aun más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

Hay otro punto de vista en que talvez lidiaremos con preocupaciones es-

peciosas. Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta en una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella. Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias hacen beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de la Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus

consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, a donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad.

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el Gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero por eso mismo creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de

antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusión de la enseñanza elemental; aunque es incontestable que las ciencias y las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no la contrarían. Lo que digo es que el primero es una condición indispensable de la segunda; que donde no existe aquél, es imposible que la otra, cualesquiera que sean los esfuerzos de la autoridad, se verifique bajo la forma conveniente. La difusión de los conocimientos supone uno o más hogares, de donde salga y se reparta la luz, que extendiéndose progresivamente sobre los espacios intermedios, penetre al fin las capas extremas. La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; y las aptitudes de estos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la en-

señanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada. La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada, la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo.

¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procedimientos bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aun de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos sentidos de veneros metálicos; a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada rápida?

Pero fomentando las aplicaciones prácticas, estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su di-

visa el mezquino *cui bono?* y que no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos. Lo primero, porque para guiar acertadamente la práctica es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales. La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego. Y lo segundo, porque, como dije antes, el cultivo de la inteligencia contemplativa que descubre el velo a los arcanos del universo físico y moral, es en sí mismo un resultado positivo y de la mayor importancia. En este punto, para no repetirme, copiaré las palabras de un sabio inglés, que me ha honrado con su amistad. «Ha sido», dice el doctor Nicolás Arnott, «ha sido una preocupación el creer que las personas instruidas así en las leyes generales, tengan su atención dividida, y apenas les quede tiempo para aprender alguna cosa perfectamente. Lo contrario, sin embargo, es lo cierto; porque los conocimientos generales hacen más

claros y precisos los conocimientos particulares. Los teoremas de la filosofía son otras tantas llaves que nos dan entrada a los más deliciosos jardines que la imaginación puede figurarse; son una vara mágica que nos descubre la faz del universo y nos revela infinitos objetos que la ignorancia no ve. El hombre instruido en las leyes naturales está, por decirlo así, rodeado de seres conocidos y amigos, mientras el hombre ignorante peregrina por una tierra extraña y hostil. El que por medio de las leyes generales puede leer en el libro de la naturaleza, encuentra en el universo una historia sublime que le habla de Dios, y ocupa dignamente su pensamiento hasta el fin de sus días.

Paso, señores, a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que por el estudio de otros idiomas vivos y muertos nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días;



que nos hace oír no por el imperfecto medio de traducciones siempre y necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes los acentos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que por la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón; que, iniciando al mismo tiempo el alma en estudios severos, auxiliares necesarios de la bella literatura, y preparativos indispensables para todas las ciencias, para todas las carreras de la vida, forma la primera disciplina del ser intelectual y moral, expone las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirigir y afirmar sus pasos, y desenvuelve los pliegues profundos del corazón para preservarlo de extravíos funestos, para establecer sobre sólidas bases los derechos y los deberes del hombre. Enumerar estos diferentes objetos es presentarlos, señores, según yo lo concibo, el programa de la Universidad en la sección de filosofía y humanidades. Entre ellos, el estudio de nuestra lengua me parece de una alta

importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de Fray Luis de Granada: no quiero ir tan lejos— hallaremos en el diccionario de Iriarte y Moratín, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy día sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para expresar el pensamiento social? Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara trasmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aun a las de la moda, que ejerce un

imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? ¿Y no trasparencia perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culturanismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio».

Invocando el nombre de Sarmiento y la mezquina divisa *¿de qué sirve?*, se dió muerte en Costa Rica a la Universidad nacional.

## Libertad y determinismo

De un reciente estudio del sociólogo norteamericano J. H. Hankins (*Inter-América*, marzo de 1926), extracto las siguientes conclusiones, que no son nuevas, pero sí muy importantes:

El alcance del determinismo es absoluto y completo.

Una gran parte y a veces la suma entera de las influencias determinantes de la conducta, están contenidas dentro del individuo mismo.

La sociedad funciona coherentemente, según las presunciones de la filosofía determinista. El educador, el moralista y todas las personas que creen que la enseñanza, la disciplina y la vigilancia ejercen efecto sobre la formación del carácter del individuo, aceptan implícitamente—y casi siempre sin darse cuenta de ello—que es posible el estudio científico de los factores determinantes de la conducta.

La libertad de la amiba es de un tipo muy diferente del de la libertad

del chimpancé o del de la libertad del hombre. En cada caso la criatura encuentra la plenitud de su libertad en responder a los estímulos en la forma que mejor se armonice con su propia naturaleza. Plenitud de libertad y máximum de satisfacciones en la vida, son cosas que van juntas.

El sentimiento de la libertad se confunde con la consciencia de la propia razón.

Se es libre en la medida misma en que se es inteligente y verdaderamente instruido acerca de la naturaleza y acerca de sí mismo.

Extrema libertad, extrema sujeción a la razón, extrema determinación, son términos iguales o muy semejantes.

«En presencia de estas condiciones comprende úno dolorosamente que gran proporción de la humanidad, a causa de su inteligencia inferior y su falta de conocimientos, continuará siendo víctima inconsciente de su propia ignorancia y de las fuerzas sociales en medio de las cuales actúa. Los grandes movimientos populares, tales como los que hemos contemplado en Rusia, pueden compararse a los violen-

tos esfuerzos de un gigante ciego tratando en vano de escapar a las cadenas de una esclavitud que su ceguera hace inevitable. Solamente en asuntos pequeños de la vida diaria se elevan las masas, como individuos o como grupos, al nivel de una determinación consciente. No es verosímil tampoco que en momento alguno de un futuro inmediato adquieran las masas, en su capacidad colectiva, el poder intelectual o los conocimientos necesarios para comprender los complejos problemas del sistema social en forma que garantice la exactitud del criterio que puedan aplicarles. Si este razonamiento tiene base sólida, la falacia mayor de la teoría política es la supersticiosa creencia de que la voz del pueblo es la voz de Dios. La voz del pueblo seguirá siendo la voz de la ignorancia, de la tradición y de la sentimental adhesión a valores absolutos y a entidades metafísicas. No hay fundamento para suponer que individuos incapaces de adquirir libertad genuina en sus propias vidas — y esta clase constituye proporción considerable de la masa total de la población —, al fun-

dirse en la masa incolora de la comunidad democrática, sean competentes para solucionar los intrincados y trascendentales problemas de la existencia colectiva. La meta final de la evolución del individuo es la adquisición de una libertad completa para vivir tan largo tiempo y tan dichosamente como se lo permitan su constitución orgánica, su nivel intelectual y sus gustos cultivados. La meta final de la evolución social debería ser un procedimiento colectivo semejante, en que el grupo social sea capaz de encaminar hacia fines previstos la evolución de su propia vida colectiva. Dada la actual constitución de la inteligencia de las masas, habrá de posponerse, empero, esta meta por tiempo indefinido, hasta que todas las otras formas de utopía social se realicen conjuntamente. Por otra parte—y esto es una triste reflexión para los amigos de la democracia—comienza a parecer dudoso el que más de una pequeña porción de la población tenga la inteligencia inherente y los caracteres distintivos necesarios para elevarse hasta el nivel indispensable de visión

que requiere un criterio acertado sobre los complicados asuntos del orden social».

«Las ciencias sociales están todavía en la infancia; continúan siendo en su mayor parte la palestra de opiniones y teorías. Sus descubrimientos en los ramos en que han alcanzado resultados positivos, son conocidos únicamente por un limitado círculo. Presenciamos así el espectáculo de la comunidad legislando sobre mil y una cosas, desde la prohibición hasta las tarifas, sin tener la más ligera noción de los abstractos aspectos de las cuestiones que se debaten, y provocando, por ende, como dijo Herbert Spencer, más resultados imprevistos que previstos. Cuando uno se da cuenta de que la verdadera realización del progreso colectivo depende de un conocimiento tan completo de las causas y efectos que capacite individualmente al ciudadano para prever los resultados de una política pública comparada con otra, y se comprende también que este conocimiento completo deben poseerlo las masas en una comunidad democrática, comienza a apreciar cuán largo tiem-



po habrá de cometer desatinos la extraviada humanidad antes de alcanzar realmente el gobierno consciente de sus destinos».

---

---

## De un informe

Del informe dado por el Comité Investigador del Alcohol, del Consejo de Estudios Médicos de Inglaterra, saco estas deducciones.

1. Como aperitivos para personas que no padezcan de ciertas enfermedades crónicas, los licores alcohólicos valen muy poco o nada. Estimulan a veces la secreción gástrica, pero disminuyen el valor digestivo de dicha secreción. Algunas formas de contracción gástrica, en vez de acelerarse, son retardadas.

2. Como alimentos, los vinos y cervezas no valen tampoco gran cosa para las personas alentadas. Las pocas cualidades que ofrecen no compensan los peligros de los fáciles excesos.

Tratándose de determinados enfermos (diabéticos, etc.), el alcohol constituye un factor alimenticio que debe ser tomado en cuenta por los médicos. En neumonía, fiebre enté-

rica y gran número de enfermedades sépticas, está contraindicado el alcohol, porque no acorta el curso del mal ni aumenta el porcentaje de curaciones.

En todo caso, la absorción del alcohol en forma de cerveza fuerte es menos ventajosa que en forma de un simple espíritu de igual volumen y de igual grado alcohólico.

3. Nada corrobora la afirmación popular de que los licores maltados promueven la secreción de la leche en las madres.

4. Como digestivos, aun tomando en consideración los llamados efectos psíquicos del alcohol (alegría, distracción, etc.), hay que convenir en que los licores alcohólicos, tomados con moderación y mezclados con otros alimentos, no afectan palpablemente—ni en bien ni en mal—los procesos de la digestión gástrica o pancreática. (Piénsese, de paso, en lo difícil que es de definir la *moderación*).

5. En lo relativo a la respiración, el alcohol no manifiesta ningún efecto de importancia práctica, sea usado por personas normales o por enfermas.

6. No hay prueba de que el alcohol mejore la ejecución de ningún ejercicio muscular. En cuanto a los movimientos que requieren pericia o coordinación, queda demostrado

que aun la ingestión de una pequeña dosis va seguida de pérdida en velocidad y en limpieza de ejecución.

7. Para las altas facultades de la mente, excepción hecha de la simple memoria, el alcohol es casi siempre nocivo.

8. El alcohol no es un agente de profilaxis. Al contrario, disminuye marcadamente la resistencia a la mayor parte de las infecciones (influenza, etc.).

9. El más importante uso terapéutico interno del alcohol se basa en su calidad de narcótico benigno.

10. Los órganos reproductores son particularmente sensibles a la degeneración en virtud del alcoholismo crónico. Este hecho, que debe alarmar justamente a cada individuo, tiende sin embargo a convertirse, a la larga, en beneficio para la especie, pues provoca una rápida selección, por eliminación de los averiados, sumándose la degeneración alcohólica a las otras degeneraciones sexuales.

(Este hecho comencé a observarlo a mi alrededor hace 20 años, y, debo declararlo, ha venido desde entonces apagando mi entusiasmo en la campaña contra el alcoholismo).

16 de abril de 1926.

## Insistiendo

A los ataques de Sarmiento alude sin duda don Andrés Bello en *El Proscrito*, cuando dice:

¡Al campo! ¡al campo! Allí la peregrina  
planta que floreciendo en el destierro,  
suspira por su valle o su colina,  
simpatiza conmigo. El río, el cerro,  
me encanta breve tiempo y me alucina,  
*y no me avisa ingrata voz que yerro;*  
ni disipando el lisonjero hechizo,  
oigo a nadie decir: *¡advenedizo!*

Se siente en esta estrofa la serena tristeza del sabio artista que desde joven escogió para sus múltiples actividades el siguiente perfecto lema:

LA LIBERTAD, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y, por otra, a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano.

Educar es INCULCAR UNA TEORÍA DE LA RESPONSABILIDAD: es el objeto mismo de la RELIGIÓN, si se da a esta palabra su sentido propio.

Toda filosofía—o alta generalización—conduce a una religión. Sin filosofía no hay, pues, educación posible. Hablo de educación activa; no hablo de DOMESTICACIÓN.

Y sin instrucción no hay tampoco alta generalización posible o religión racional o para racionales.

\*  
\* \*

No basta instruir, pero es indispensable instruir. Y como en esto estamos todos de acuerdo, y como sólo en ello estamos de acuerdo, debemos querer que la escuela estatual se limite sinceramente a la instrucción en el campo que está fuera de nuestras discusiones. Lo otro—precisamente lo más importante—, quédese todavía por hoy a nuestro inmediato y privado cuidado. Si no podemos educar personalmente a nuestros hijos, si somos tan infelices padres de familia, buscaremos a quien nos merezca confianza, ni más ni menos que una madre sin leche alquila para su niño los pechos de una nodriza.

Digo *quédese por hoy*, porque, aunque no me sea lícito hacer predicciones

acerca del porvenir de la filosofía, puedo pensar en un futuro dichoso en que, resuelto el problema de la libertad, cese la anarquía moral en que vivimos y sean enteramente una misma cosa *instruir* y *educar*.

\*  
\* \*

No solamente en materia de enseñanza, en todo otro orden de asuntos — comerciales, industriales, etc.—, la limitación máxima de la acción del Estado, tiene que ser lógicamente el desiderátum de quien haya reflexionado acerca de nuestra actual ignorancia relativamente a todas las grandes cuestiones sociales.

Ser hoy estatista—bajo el rótulo de *socialismo* u otro cualquiera— es dar prueba de absoluta ceguedad o de mala fe. Es someterse a la peor de las tiranías: la del número y la masa.

Y son estatistas los que hacen de la escuela oficial un «centro de educación». Y deben resignarse entonces a que ésta refleje los errores del mayor número y de la mayor masa.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Nada es más peligroso para un hombre sensible que conocer a los que combate: el odio contra la causa sucumbe ante el atractivo de las personas. Sin notarlo, se hace uno parcial. La sensibilidad desarma a la inteligencia: se entenece uno en vez de raciocinar, y el sentimiento de un hombre conmovido no tarda en convertirse en su política.

A. DE LAMARTINE

**Hemos resuelto cortar las relaciones  
con los periódicos extranjeros que  
toman algo de nuestras páginas sin  
indicar que la traducción o selección**

**===== ES AJENA =====**